

LA CHIRIMIA.

PERIODICO GENERAL.

Este periódico saldrá los sábados de cada semana Vale 10 ets. el no

San José, 11 de Julio de 1885.

Se admiten avisos. comunicados y Chirimitazos á precio módicos.

Rafael Carranza,

EDITOR Y PROPIETARIO.

LA CHIRIMIA.

"La prensa honrada es sacerdotio sublime."—Por consiguiente no debe encubrir, sino desenmascarar al que se cubre con el velo de la honradez.

Este artículo no podría tener otro objeto que el desarrollo de la tesis con que lo encabezamos, porque conocemos perfectamente cual es la noble y sublime misión de la prensa.

Y por eso "La Chirimia" recibe *algo*, no todo lo que se le envía, como lo probaremos más adelante.

El periodismo tiene su objeto y no está concreto solamente á alabar y enaltecer virtudes que tal vez no existen, sino también á criticar abusos y exhibir á los hombres que pasan por honrados, pesando sobre ellos una infinidad de malas acciones que los nivelan con los criminales.

A esta clase de hombres desconocidos podemos llamar *anónimos* y entonces la misión de la prensa es darlos á conocer; y si para esto también se valen del *anónimo*, hacen uso de un derecho que les da la ley, respondiendo ante la misma, cuando injurian ó calumnian.

En prueba de esto Don Francisco Sáenz tiene acusado al Editor de este periódico, y éste está cubierto con la firma del autor, quien digamos de paso, desea el curso de la acusación para contratar un carro que conduzca el legajo que existe en Cartago, contra el acrisolado Señor Sáenz.

Aunque somos ajenos en esta cuestión, el Sr. Sáenz se viene hostil contra nuestro periódico porque dice recibe todo lo que le viene y aun asegura "que solo en una hoja desacreditada hasta en su título pueden tener cabida."

Abláñese un poco Don Chico si quiere hacerse *grande*, al menos en espíritu.

¿Por qué no se debe, ni puede admitir nada contra su acrisolada persona? U. es uno de los que no creen en las infalibilidades ¿ó es que solo U. se cree impecable?

Pues nuestro periódico aun no ha recibido algunas cosas que deben existir misteriosamente; y decimos esto, porque un Sr. Flórez de los Tres Ríos vino á preguntar (como si fuéramos algún tribunal) por el asunto de *una vaquilla*, y otro sugeto que si no se hablaba sobre *un testamento*, y todo esto referente al hombre "que tiene la frente alzada" y "que lo están salpicando los cerdos."

Nosotros no decimos esto por enrostrarle algo que manche su inmaculada reputación, sino para probarle que no todo se ha recibido, porque parece que la cosa es muy larga y complicada y nos veríamos en el caso de llenar el periódico con solo estos asuntos.

A nosotros nos extraña mucho que haya tanta animosidad y encono contra una persona tan buena, y decimos lo que decía el *Leguato*.

"¡Que haya gente tan mala que envenene un vino tan bueno!"

Pero esto, D. Chico, no es culpa nuestra ni de nuestro pobre pito. Pero debe ser *aigo*, ó *algos*, como decía Sancho.

Por lo que respecta á nosotros como periodistas, tenemos la obligación de admitir *todo* lo que venga cubierto con la firma de su autor, aunque éste se concrete á arrancar la máscara de los que se apellidan hombres de bien.

E. E.

Teatro.

El domingo próximo pasado se dió por la Compañía de aficionados la afamada pieza "La Pasionaria." Muchos fueron apasionados y no ha dejado alguno de escribir apasionadamente sobre este drama; pero nosotros sin dejar de alabar algunas cosas que tiene buenas, no omitimos reproducir algo sobre el juicio crítico que se hizo de esta obra por Don Manuel Cañete cuando fué tan repetidamente representada y aplaudida.

Comienza por probar que "La Pasionaria" es un drama de pensamiento malsano, de fábula mal urdida, de situaciones inverosímiles, de caracteres eminentemente falsos, de pasiones sin realidad humana, donde el ropaje poético, el estilo, la versificación y el lenguaje no brillan por la corrección ni por el buen gusto, y voy á cumplir lo prometido, sin más preámbulos ni digresiones.

¿Cuál es el pensamiento general de La Pasionaria? ¿Por qué lo considero malsano? La respuesta es fácil, y salta á los ojos del menos linca con solo recordar de qué modo lo resume el autor en los versos finales del drama. Petra (la Pasionaria) deja muerto de una puñalada á Justo, padre de su hija Margarita, y exclama:

"¡Le perdoné, y me ultrajó!

¡Hirió á mi hija, y le maté!"

"¡Buena andaría la sociedad si cada cual de los que se consideran ofendidos en su honra ó en sus intereses, tuviera el derecho de arrebatar la vida al ofensor, tomándose la justicia por su mano (dado que la venganza pudiera estimarse justicia), é imponiéndole arbitrariamente el castigo que mejor cuadrara á su ceguedad ó al ímpetu de sus pasiones!"

"Mentira parece que persona de tan claro ingenio y tan discreta como el Sr. Cano se haya descarriado hasta el extremo á que llega en *La Pasionaria*, y la insensatez del público le fortifique en tan mal empeño y le aliente con aplausos descomedidos á seguir por esos senderos estériles y escabrosos. Porque, aparte de contradicciones tan singulares como la de mostrar á Petrilla en la mayor miseria cuando acaba de salir de la casa de un protector millonario, á quien ha cuidado y asistido en su última enfermedad, y que deja por universal heredera de sus cuantiosos bienes á la niña Margarita (contradicciones que se advierten á cada paso y que desfiguran el carácter ó desnaturalizan los sentimientos de los personajes del drama, aun considerados desde el falso punto de vista en que el autor los coloca), semejante manera de expresar bastaría para quitarles todo color de realidad, aunque esencialmente estuvieran imaginados y trazados más en armonía con las condiciones propias de la naturaleza humana."

El juicio es demasiado largo y exigiría mucho espacio su reproducción; pero sirvan estos pequeños trozos para desvanecer á los apasionados, fáciles de impresionarse de momento, sin meditar en el fondo de las cosas.

Comunicados.

Tres y tres seis.

Hemos visto, y no sin sorpresa, comunicados con el "Diario Oficial" una hoja suelta que se

titula: "Algunas indicaciones sobre explotación y aprovechamiento de las riquezas naturales del país."

Y no nos sorprende dicha hoja, sino el que sale como hija legítima del "Diario Oficial."

No nos meteremos en el verengenal de contestar aquellos conceptos, porque esto sería perder nuestro tiempo inútilmente; puesto que no contiene nada de fondo y si suposiciones y cálculos, como el mismo autor prevee, *ilusos*, quien podía haber hecho *descabellados*.

El Señor M. M. M. recibe una carta de Nueva-York, firmada también F. F. F. y ya son dos trinos y uno en persona; aquí hay material para los teólogos.

También hay material para los hombres de cálculo; porque despreciando muchas riquezas que la compañía de las *Efes* de Nueva York podía apreciar, *en solo garrotos* tendríamos 72.000.000 de pesos. De manera que como "el médico á bobos" podíamos ser muy ricos á *garrotazos*.

Si la lógica del garrote no encuentra eco en el Gobierno y en el Congreso, ya no hay otro medio de convencerlo, de que todavía no es tiempo de aceptar el contrato con Mr. Keith.

También nos sorprende como el Sr. *Efes* ha averiguado la alta estima y gran valor de productos que han permanecido enfardados en Nueva Orleans; de donde deducimos que el Sr. *Emes* ha querido con su papel *espantar con la vaina vacía*.

Tanto la trinidad de *Efes* como de *Emes* no han pretendido más que entorpecer y enredar los negocios, que de buena fé y probando con hechos y números, propone Mr. Keith ventajosamente para el país.

"Convertir los bosques en oro americano" esto nos parece lo mismo que convertir las piedras en pan, y con seis *bobos* dar de comer á 6,000 hombres.

Ya todos esos tiempos de los milagros, amigo *Efes* y *Emes*, se acabaron. La verdad es demostrada por la ciencia, por la realidad de los números.

Las suposiciones son una cosa por resolver ó como vulgarmente se dice "eso está en veremos."

Respecto al contrato propuesto por Mr. Keith, está vasado en cálculos fijos y demostrados, no está bajo la eventualidad de los garrotos ni de los garrotazos que deben producir los millones con que siempre soñó el loco Damasio (q. e. p. d.).

Las imaginaciones exaltadas siempre forman cálculos albagadores, y más si están acometidas por la penuria de la pobreza.

Recordamos que en la ciudad de Alajuela había un loco que llegó á la Botica del Dr. Padilla, con el firme propósito de salir de pobre; pidió inmediatamente una pluma y papel, el cual se le facilitó. Después se puso á firmar valores de mil, dos mil pesos etc. hasta ajustar un millón.

Ya, dijo, tengo en mi poder un millón de pesos ¿para qué quiero más?

Pero después de haber reflexionado un poco preguntó: ¿quién me cambia estos billetes? Concibió la imposibilidad de convertirlos en numerario, los arrojó al suelo, y se marchó desconsolado.

Lo mismo podría suceder con los 72.000.000 de pesos, producto de los garrotos; y exajerando el cálculo, hemos visto demostrado, que á garrotazos cada habitante puede poseer más de 1.000.000 de pesos, porque, según el censo no hay completos 200.000 habitantes.

Entonces como decía Galcerán en sus avisos, ya que lo vemos aludido en letra de molde.

"Los pobres seran ricos, y los ricos riquisimos."

¡Qué mamada!

Y el hombre de los garrotazos ya podría girar bajo la razón social de M. M. M., F. F. F. & C^o

TRES ZETAS.

Señor Redactor de "La Chirimia."

Muy Señor mio:

Suplico á U. se sirva dar publicidad en su periódico á lo siguiente:

En el número ppdo. de esta misma hoja, aparece como contestación á un artículo firmado ** otro remitido cuya firma es ***

En éste se hace referencias á ciertas imputaciones que contra mí lanzó al público el Señor José Castillo, ó sea su hijo. Esto me obliga á perder algunos minutos ocupándome del escrito referido, protestando no aceptar ni continuar una polémica personal con un antagonista desconocido.

Baste, pues, decir: 1° que los conceptos en cuanto á mí se refieren, aseverados por el escritor **, son ciertos, certísimos, y tengo en mi oficina, á la disposición del que quiera examinarlos, los documentos y datos que comprueban esa certeza: 2° que efectivamente no tengo diplomas ni títulos que pude haber obtenido muy baratos, porque jamás he sabido que esos adornos en papel ó pergamino, aumenten ó confieran habilidad, ciencia ú honradez: 3° que no debiendo los pocos conocimientos que tengo, ni la buena posición de que gozo, ni á influencias de ningún género, la opinión del escritor *** y la de sus clientes Castillo, me es indiferente, y no me da ni me quita nada, por lo cual hago de ella el caso que merece; y 4° que como he acostumbrado ser, y soy, en cualquier terreno el único responsable de mis acciones, como particular y como empleado público, autorizo al escritor *** para que publique y diga en qué consiste el móvil que ha impulsado al escritor ** á defender mi conducta, injusta y calumniosamente atacada por Castillo: si no lo hace así, creeré que el Señor *** tiene apenas el ánimo necesario para lanzar injurias y otras ofensas encubiertas bajo el secreto de la imprenta; pero que no tiene el valor de afrontar personalmente en otros terrenos la consecuencia de sus escritos.

San José, 9 de julio de 1885.

MANUEL V. DENGO.

Correspondencia Parisiense.

Paris, 24 de Mayo de 1885.

Estimado director.

El ilustre poeta Víctor Hugo acaba de fallecer de una congestión pulmonar. Es un gran duelo para la Francia entera: para el mundo entero puede decirse, pues su fama y su gloria eran universales.

Ha sido el poeta del siglo!

Algunos podían discutir la cuestión de que si tal ó cual gran poeta, gran dramaturgo ó contador, no le habría igualado en algunas de sus producciones.

Pero ningún hombre, en el mundo entero contemporáneo, podía pensar, tan solo un instante, en comparar su obra á la de Víctor Hugo.

No hay forma alguna del pensamiento humano de que no haya tratado, siempre con superioridad, y lo más frecuente con genio.

Su lira poseía todas sus cuerdas; de la canción ha pasado, sin el más mínimo esfuerzo, al poema épico de Dante. De la humanidad ha comprendido todo, amado todo y cantado todo.

El ha celebrado, bajo todas las formas, la doctrina del progreso.

Víctor Hugo nació en los primeros días del siglo (en 1,802) y es hijo de un antiguo soldado (general) y de una Vendéana. Era dotado de entusiasmos para las glorias del imperio, accesible á los dorados sueños de la fe, ha, pasando por el liberalismo. Era vaga de 1830, venido á la idea definitiva de la pública, en política, y de la libre pensador en filosofía.

Muerto en verdadero filósofo, deja tras él un magnífico elogio de las virtudes cristianas; como Senador que en vida fué, ha hecho, mejor que nadie, el elogio de los esplendores del imperio, y dirigido al tiempo royalista, á la verdadera monarquía, las más nobles despedidas.

Por eso es que su duelo puede y debe ser llorado por el país entero, y por esto es que las miserables cuestiones de partido se olvidan ante su tumba.

Víctor Hugo deja una obra indestructible; de una importancia tal que dominará las edades.

Como escritor, como poeta, ha determinado en Francia la más completa y la más brillante renovación que ha podido jamás ser mención en la historia de las letras.

El, puede decirse, ha encarnado en sí mismo el genio de la Francia moderna; él es el único poeta que ha ya contado la Francia en 1789, la Francia República, en una palabra, la Francia tal como la ha hecho su gran revolución.

Nombrado diputado de París en la Asamblea Nacional; votaba contra los preliminares de paz y daba su dimisión porque la Asamblea rehusaba el título de ciudadano francés á Garibaldi quien acababa de poner su espada al servicio de la Francia.

Elegido Senador del Sena en enero de 1876, y reelecto después, Víctor Hugo no había cesado de levantar la voz en favor de todas las medidas generosas: de este modo es que reclamaba el primero la amnistía plenaria. Al Senado que quería combatir la república y que esperaba derribarla, el ilustre orador decía:

"Las monarquías como las tutelas pueden tener razón de ser cuando el pueblo es pequeño. Pero llegado á cierta altura, el pueblo se siente de fuerza á marchar sólo, y sólo marcha! La república, es pues, toda nación que se declara mayor.

En el testamento de Víctor Hugo figuran estas

breves líneas: dejó 50,000 francos para los pobres de París; deseo que se me haga un entierro civil y que no se haga ninguna oración: creo en Dios.

En los momentos en que estas líneas escribía, la casa mortuoria, cita en la Avezida de Victor Hugo, se halla rodeada de un gentío considerable: todo París se halla allí reunido!

Las exéquias van á ser costeadas por el Estado.

Se trata de erigir la capilla ardiente debajo del "Arc de Triomphe", para más solemnidad, lo que hasta aquí no ha sido hecho á nadie.

Los funerales del ilustre poeta van á ser probablemente más importantes que los de Gambetta. En mi próxima correspondencia le daré los pormenores. Sin otro particular

quedo de U. affmo. y S. S.

DE J. P. NOLASCO.

Variedades.

La pelea de gallos.

Leí un día en *La Correspondencia* el siguiente aviso:

"En la función que se celebrará mañana en el Circo de Gallos de Recoletos, habrá, entre otras, dos peleas en las que figurarán gallos de los conocidos aficionados Francisco Calderón y Don José Díez, por lo que se espera será muy animada la diversión."

El espectáculo comenzaba á medio día: fué. Choquéronme la originalidad y la gracia del teatro. Parece un pabellón de colina de jardín; pero es grande como para contener poco más de un millar de personas. La forma es perfectamente cilíndrica. En medio se eleva una especie de escenario circular, alto poco más de tres palmas, cubierto con un tapete verde, y rodeado de una alambra de la altura de aquellas que se ponen en los miradores: es el campo de batalla de los gallos. Entré uno y otro hueco de la verja se extiende una sutilísima red metálica que cierra la huida á los combatientes. En torno de esta especie de jaula, cuyo suelo es de las dimensiones de una gran mesa de comedor, corre un círculo de butacas, y detrás de éste, un poco más allá, otro; las unas y las otras forradas de paño encarnado. Sobre algunas de las primeras está escrita con letras de molde: Presidente—Secretario—y otros títulos de personajes que componen el tribunal del espectáculo. Mas de las butacas se alza una gradinata de bancos, hasta la pared, en la cual se abre una galería sostenida por diez sutiles columnas. La luz viene de lo alto. El encarnado vivo de las butacas, las flores pintadas en las paredes, las columnas, la luz, en una palabra, el aire del teatro, tienen no sé que de animado y pintoresco, gusta y alegre. A primera vista parece que en aquel lugar se debe oír una música festiva y gentil, más bien que asistir á una lucha de animales.

Cuando yo entré había ya un centenar de personas. Qué gente es esa?—me pregunté. Verdaderamente, el público del Circo de Gallos no se asemeja al de ningún otro teatro; es una mezcla *sui generis* que sólo se ve en Madrid. No hay mujeres, ni chiquillos, ni obreros, porque es día de trabajo y la hora incómoda; y sin embargo, se nota mayor variedad de aspectos, de trajes y de figuras que en cualquier otro sitio de reuniones populares. Es toda gente que no tiene que hacer durante el día: comediantes con los cabellos largos y el sombrero raído; toreros (allí estaba Calderón, el famoso picador), con su faja encarna-

da al rededor de la cintura; estudiantes con las huellas de la noche pasada al juego en el semblante; comerciantes en gallos, jóvenes elegantes, viejos señores aficionados vestidos de negro, con guante, negros y corbatín. Estos en derredor de la jaula. Mas allá, *varinantes* algún inglés, algún vago de aquellos que se ven por todas partes, los criados del Circo, una mujer de mala vida y un guardia civil. Exceptuando los forasteros y el guardia, los demás, señores, toreros, comerciantes, cómicos, se conocían todos y hablaban entre sí, á una sola voz, de la calidad de los gallos anunciados en el programa del espectáculo, de las apuestas del día anterior, de los lances de las peleas, de zancas, de plumas, de espolones, de alas, de picos, de heridas, luciendo la riquísima terminología del arte y citando reglas, ejemplos, gallos de los tiempos ya pasados, y riñas, y victorias, y perdida famosas.

El espectáculo comenzó á la hora señalada. Se presentó un hombre en medio del Circo con un papel en la mano, y principió á leer: todos callaron. Leyó una serie de números que indicaban el peso de las varias parejas de gallos que debían combatir; porque pareja, por pareja, no puede el no diferenciarse en peso del otro más allá de una medida determinada por el código gallístico. Volvieron á comenzar las conversaciones, y luego cesaron de nuevo repentinamente. Adelantóse otro hombre con dos cajas entre los brazos; abrió un postigo de la jaula, subió al palco, y enganchó las dos cajas á los dos extremos de una balanza pendiente del techo. Dos testigos se cercioraron de que el peso era casi igual por ambas partes; sentáronse todos; el presidente se colocó en su puesto, el secretario gritó: Silencio!—El pesador y otro mozo tomaron una caja cada uno, y poniéndolas en las dos opuestas portezuelas de la alambra, las abrieron ambas á un tiempo. Los gallos salieron, volvieron á cerrarse las portezuelas, y los espectadores guardaron por algunos momentos un silencio profundo.

Eran dos gallos andaluces de raza inglesa, para servirme de la curiosa definición que me dió un espectador, altos, enjutos, derechos como busos, con un largo cuello movilísimo, completamente arriba, sin cresta, la cabeza pequeña, y un par de ojos que revelaban la indole batalladora. Los espectadores los observaron atentamente sin profesar palabra. Los aficionados en aquellos pocos minutos, juzgan por los colores, por las formas, por los movimientos de los dos animales cuál será probablemente el vencedor; luego proponen las apuestas. En un juicio muy incierto, como cada cual puede comprender; pero la incertidumbre es lo que da vida al juego. De repente se rompe el silencio por una explosión de gritos.

—Un duro por el de la derecha!

—Un duro por el de la izquierda!

—Va!

—Tres duros por el negro!

—Cuatro duros por el pardo!

—Una onza por el chico!

—Va!

—Va por el negro!

—Va por el pardo!

Gritan los espectadores, mueven las manos, señalan uno á otro con el bastón; en pocos momentos hay un millar de pesetas en juego.

Los dos gallos se miran al principio. Vueto el uno de este lado, el otro de aquel, cantan y cantan alargando el cuello hacia los espectadores, como si preguntasen: Qué queréis?—Luego se acercan poco á poco; sin sorpresa. De improviso, rápidos como el relámpago, dan un salto con las

alas abiertas, se chocan en el aire, y vuelven á caer esparciendo en derredor suyo un nublado de plumas. Se detienen después del primer ataque, y se plantan el uno frente al otro con el cuello extendido y los picos que casi se tocan, mirándose fijos, inmóviles, como si se propusieran envenenarse con los ojos. Al fin se van al encuentro con gran violencia, después de lo cual los saltos se suceden sin interrupción. Hiérense á zancadas, á espolonazos, á picotazos; se aprietan con las alas, de suerte que parecen un sólo gallo provisto de dos cabezas: se echan el uno bajo el vientre del otro, se echan contra los hierros de la jaula, se siguen, caen, revoletean; y á medida que los golpes se hacen más espesos, vuelan las plumas de la cabeza, los cuellos se tornan color de fuego y arrojan sangre. Luego comienzan á picotearse en la cabeza, en torno de los ojos, en los ojos mismos; se desgarran las carnes con la ira de dos furiosos que tengan miedo de ser apartados; parece que saben que uno de los dos debe morir; no lanzan una voz ni un gemido; no se siente más que el ruido de las alas agitadas, de las plumas que se rompen, de los picos que chocan en los huesos; no hay un instante de tregua; es un furor que va derecho á la muerte.

Los espectadores siguen con ojo atento todos los movimientos, cuentan las plumas arrancadas, y enumeran las heridas: el griterío se hace cada vez más notable y las apuestas más fuertes.

—Cinco duros por el chico!

—Ocho duros por el pardo!

—Veinte duros por el negro!

—Van!

Llegada la lucha en cierto punto, uno de los dos gallos hace un movimiento que descubre la inferioridad de sus fuerzas, y comienza á dar señales de cansancio. Aunque resistiendo siempre, sus picotazos vienen á ser cada vez más raros, sus espolonazos más endebles, sus saltos más bajos; parece como si comprendiera que debe morir; no combate ya para matar, combate para no ser muerto, retrocede, huye, cae, vuelve á levantarse, vuelve á caer; vacila como presa de un mareo. El espectáculo toma entonces apariencias horribles. Delante del enemigo que cede, el vencedor se enfurece; sus picotazos caen espesos, rabiosos, implacables en los ojos de la víctima, con la regularidad de la aguja de una máquina de coser; su cuello se alarga y se contrae con el vigor de un resorte; su pico se aferra á las carnes, se retuerce y se dilata; luego se clava en la herida, y se revuelve en ella como para buscar las fibras más ocultas; después picotea sobre la cabeza, á la manera que si quisiera abrir el cráneo y sacar de él los sesos. No hay palabra que exprese el horror de aquel picotear continuo; incansable, despiadado. La víctima se retuerce, escapa, da vueltas por la jaula; y su perseguidor detrás, al lado, indivisible de ella como una sombra, con la cabeza inclinada sobre la del fugitivo como un confesor, siempre picando, punzando, destrozando siempre. Tiene algo del cómitre, algo del verdugo; parece que diga no sé qué cosa al oído de su víctima, que acompañe cada golpe con un insulto:—Toma, sufre, muere; no, vive, toma ésta, esta otra, una más todavía.—Parte de su rabia sanguinaria se difunde en vuestras venas; aquella crueldad cobarde os enciende en un deseo de venganza; lo destrozarias con las manos; lo aplastarias bajo el pie.

Los de las apuestas se animan y gritan con más y más fuerza. No pudiendo apostar ya sobre la lucha apuestan sobre la agonía.

—Cinco duros á que no tira tres veces!

—Tres duros á que no tira cinco!

—Cuatro duros á que no tira dos!

—Van!

—Van!

En este momento oí una voz que me heló de espanto.

—Está ciego!

Me acerqué á la jaula, miré al gallo vencido y volví el rostro con horror. No tenía ya piel, no tenía patas: en su cuerpo no era más que un tejido; las alas reducidas á tres ó cuatro plumas, arrastraban como harapos; parecía mentira que así deshecho pudiese vivir y andar todavía. Sin embargo, aquel resto, aquel monstruo, aquel esqueleto chorreando sangre, se defendía aún, se agitaba en las flecúlas, sacudiendo las alas partidas como dos muñones, alargando el cuello destrozado, moviendo la cabeza al acaso, aquí y allá, como los perros recién nacidos. Su verdugo continuaba picoteando las llagas, horadando los ojos, destrozando el cráneo desnudo; no era ya una lucha, era un tormento; parecía que quisiese deshacerle sin matarlo. A veces cuando la víctima se estaba un momento inmóvil, inclinábale á mirarla con la atención de un anatómico; luego se sacudía y la contemplaba desde lo alto con indiferencia; luego se le echaba de nuevo encima con la avidéz de un vampiro, y picaba y destrozaba más vigorosamente que al principio. Por último el moribundo, deteniéndose de improviso, dobló la cabeza en la tierra como presa de un sueño, y su verdugo, mirándole atentamente, se detuvo junto á él.

Entonces redoblaron los gritos; no se podía apostar ya sobre las convulsiones de la agonía, y se apostaba sobre las síntomas de la muerte.

—Cinco duros á que no levanta la cabeza!

—Dos duros á que la levante!

—Tres duros á que la levante dos veces!

—Van!

—Van!

El gallo moribundo alzó con lentitud la cabeza; el verdugo, pronto al ataque, le descargó encima una tempestad de picotazos; volvieron á estallar los gritos; la víctima hizo un ligero movimiento... intentó otro picotazo... se sacudió... probó á herir todavía... derramó sangre por la boca vaciló y dió en el suelo. El vencedor ¡miserable! se puso entonces á cantar. Vino un criado y se llevó á las dos.

Levantáronse todos los espectadores, y comenzó una bulliciosa conversación, los vencedores bromearon, los vencidos blasfemaron, y unos y otros discurriendo los méritos de los gallos y los lances de la lucha.

—Buena pelea!

—Buenos gallos!

—Gallos malos!

—No valen nada!

—No entiende usted!

—Cállese usted!

—Buenos!

—Malos!

—Sentarse, caballeros!—gritó el presidente.

—Sentáronse todos y comenzó otra pelea.

Yo eché una ojeada al campo de batalla y salí. Alguno dudará en creerlo: aquel espectáculo me causó más horror que la primera corrida de toros. No tenía de una ferocidad tan cruel; no creía antes de verlo que un animal, después de haber reducido á cero á la impotencia, pudiese torturarlo, sacralizarlo, destrozarlo de aquel modo, con el encarnizamiento del odio y con la voluptuosidad de la venganza; no creía que el furor de una bestia pudiese llegar hasta el punto de ofrecer los caracteres de la más desenfrenada maldad humana.

Hoy todavía, y ha transcurrido tanto tiempo, cada vez que recuerdo aquel espectáculo vuelvo involuntariamente la cabeza á un lado como para evitar la horrible vista del gallo moribundo; y no me sucede nunca poner la mano sobre una jaula, sin que baje los ojos con la idea de ver el suelo cubierto de plumas y de sangre.

Si vais á España seguid mi consejo.

EDMUNDO DE AMICIS.

CHIRIMITAZOS.

Nos hemos encontrado una hoja de servicios escrita por el mismo héroe que desoso de hacerse de prestigio en el público se proponía engañarlo con las mentiras más desvergonzadas. El caballero (de industria) se ha andado muy moderado en sus propios elogios. No sabemos por qué no propuso que debía declarársele—*Benemérito de la Patria, Gran Esquilador de Cartago, esposo modelo, excelente padre de familia etc.*

Quisiéramos que el tal caballero no hubiera muerto, pero esta noticia está confirmada por cable; falleció loco en un hospicio, á consecuencia del catarro continuo que padecía: si fuera vivo le diríamos en su propia cara que su trabajo no está exacto; que adolece de varios errores: que tenemos un "Diario" más dispendioso que el de Napoleón el Grande y que nos proponemos publicar su historia adornada con excelentes grabados.

Como honrado que es, hubiéramos querido que una noche lo hubieran visitado los finados Calixto Fuentes y Blas Alfaro y le hubieran contado algo de..... Como fiel en su profesión, muchas personas que tuvieron la desgracia de caer en sus garras, podrían decir de otorgamientos de escrituras, poderes, etc., á su favor, nombramientos arraucados con abuso de la candidez ó ignorancia del pueblo; traicionar la voluntad de su clientela no era cosa que le afectaba. El Panteón, San Nicolás, Matina y Pacnare están diciendo quién era el tal caballero.

Arriola, cómplice... del industrial, podría gritarle quien es "el asesino que asecha á su víctima para herirlo á mansalva."

Muchas cosas tenemos que citar para desmentir al saltador manso que trató de usurparse una reputación que no goza.

Seguramente se atrevió á mentir por las adulaciones de su camarilla. Porque Juan Castigo (a) Rondín nacional, dijo "una vez por todas" que el Sr. Moscoso no solo era tinterillo sino también de pluma (de camaleón) y de espada (de palo) que era militar bravo y ducho, que ambos habían estado en acción: que le habían premiado su valor con una medalla de honor. José Ma. Fernández (a) Zambrana, dijo: Moscoso perdió el asunto Trejos por haberme engañado; yo lo hubiera dirigido, y otro gallo nos cantara, pero él me dijo que sabía mucho, que para resolver las cuestiones de Estado lo consultaba con él y su opinión definía que se iba á hacer abogado por suficiencia. *Legis peritus*

per sufficientiam. Miguel Mambroyo decía: no hay tinterete más honrado que Moscoso; cobra poco y casi no le saca la plata en fuertes sumas de la bolsa á los clientes; así dicen muchos. Oigan á la Calandria: este Moscoso es un tipo humorístico de buen tono, elegante, rico, sí, aquí está Don Juan Tenorio, y el que quiera algo con él.....

Se nos informa que el Doctor Don Rafael Morales, médico de fama y residente hoy en la Provincia de Cartago, tiene una clientela asombrosa; ya no puede tanto andar á pié: solamente un coche podría aliviarlo. Celebramos que la sociedad cartaginesa tenga en su seno hombres grandes como el Señor Morales. (Remitidos.)

Nos escriben de Alajuela:

"El nombramiento de don Secundino Orozco para Inspector de escuelas de esta provincia, en reemplazo de don José María Barrionuevo (a) Caído, se ha recibido aquí con verdadera alegría. Orozco es un joven ilustrado y trabajador al par que recto y enérgico, y, sobre todo, entusiasta por la instrucción del pueblo. Con tales dotes, más las simpatías de que justamente goza por parte de esta sociedad, no cabe duda de que nuestras escuelas, antes tan decaídas, hoy de tan halagüeño porvenir, alcanzarán bien pronto notable progreso. Por otra parte, nuestro dignísimo Gobernador se toma decidido empeño en mejorar el estado de las escuelas: se ha nombrado una comisión encargada de levantar un censo de los niños de ambos sexos que estén en edad de concurrir á ellas, y se ha creado un comisario especial, pagado de los fondos municipales, con obligación de pasar diariamente á las 2 p. m. á las escuelas, recoger la lista de fallas y hacer inmediatamente efectivas las multas que por éstas impone la ley."

Bien por Alajuela. Celebramos que allá se dé preferente atención á las escuelas, que son teas que alumbran la razón eliminando el fanatismo y la ignorancia.

Memoria del Ministerio de Gobernación. Hemos recibido un ejemplar de este importante documento. Para hacer un juicio crítico de esta obra, como bien se merece y reclama la justicia, necesitaríamos de mucho espacio y tiempo. Bástenos decir por ahora que la lectura de la primera hasta la última de sus páginas, interesa en sumo grado la atención, no solo por lo correcto de su estilo en cuanto á la forma, sino también por las patrióticas é ilustradas medidas propuestas é iniciadas, en cuanto al fondo. De corazón felicitamos al Señor Ministro Doctor Don Carlos Durán, y á su muy digno Subsecretario Licenciado Don Angel Anselmo Castro.

Garcilaso se lució en uno de estos días con su correspondencia turnesca. Quedó como siempre, esto es, con el cepillo en una mano y la corona fúnebre en la otra....

Imprenta de la Paz.